

IX

—Vamos,—dijo el médico, en cuanto el oficial terminó la lectura de la carta,—ahora me explico el por qué de no habernos sabido dar cuenta de lo que pasó aquella noche, ni uno solo de los que tomaron parte en la cena. ¡Qué pueden recordar habiendo empinado el codo con tanta frecuencia!

Aquel mismo día pusieron ambos manos á la obra para preparar la última prueba. Para ello se personaron con el alcalde, con el juez municipal, con el recaudador de contribuciones, con el sargento de carabineros, con todos los cuales estaban en las más íntimas relaciones, y el médico echando mano de argumentos científicos, y el oficial hablándoles al alma excitando sus sentimientos de compasión, á fuerza de hablar, de darles explicaciones, y de demostrarles el fin que se proponían, lograron hacerse comprender, consiguieron inculcar á cada uno el papel que en el asunto debía desempeñar, y pudieron abrigar la seguridad de que no había de faltarles su concurso.

—¡Loado sea Dios!—dijo el oficial al salir de la casa del recaudador, que fué el último á quien visitaron.—Queda hecho lo más importante.

Después de esto llamaron á la madre de Carmela, para la cual no fué menester esforzarse tanto como para con el alcalde y los demás magnates; buenas gentes todas, capaces de poner las manos en el fuego si fuera menester, pero de entendimiento rudo y de cortas entendederas para asuntos de aquella naturaleza.

De algunos días á aquella parte Carmela andaba malucha, y apenas salía de casa. El médico y el oficial fueron á buscarla y la encontraron sentada en el suelo junto á la puerta,

con la espalda apoyada contra la pared. En cuanto los vió incorporóse, y bien que con menos rapidez de la que tenía de costumbre, dirigióse al encuentro del teniente, é intentó abrazarle murmurando en voz baja las cariñosas palabras que solía dirigirle.

—Carmela,—dijo el oficial,—tenemos que darte una noticia.

—Una noticia, una noticia, una noticia,—repitió tranquilamente Carmela, pasando suavemente tres veces la palma de su mano por la mejilla del oficial.

—Mañana me voy.

—¿Mañana me voy?

—¡Yo, yo, me voy! Me marcho de aquí. Dejo este pueblo. Me voy con todos los soldados. Me voy en el barco, y el barco me llevará lejos, muy lejos.

Y levantó un brazo cual si pretendiera indicar una distancia inmensa.

—Muy lejos; muy lejos...—murmuró Carmela, volviendo la mirada hacia el punto que indicaba el oficial.

Dió, durante un rato, muestra de que estaba pensando, y después, con el acento y ademán de la mayor indiferencia, añadió:

—El barco de vapor... que echa humo.

Y de nuevo intentó abrazar al oficial dándole los acostumbrados epítetos.

—¡Nada!—pensó éste moviendo la cabeza.

—Es menester decirse muchas veces,—observóle el médico.—Dejémoslo para más tarde.

Y se alejaron, después de haber mandado á Carmela que no les siguiera.

La cena se había fijado para la noche del día siguiente.

En la de aquel día Carmela, según tenía por costumbre, fué á sentarse delante de la puerta del oficial. Éste, en cuanto regresó á su casa, la hizo subir á su cuarto, en el cual el

asistente, siguiendo las instrucciones que se le dieron, había puesto las cosas de manera que pudiera creerse que realmente debían marchar. La mesa, las sillas, el sofá, estaban llenos de ropa blanca, de uniformes, de libros, de mapas, todo revuelto y amontonado, y en medio de la sala se veían dos baúles abiertos, en los cuales el soldado había comenzado á guardar la ropa.

Al notar Carmela aquel desorden, hizo un ligero ademán de sorpresa, y sonriendo dirigió una mirada al oficial.

—Estoy disponiendo el equipaje para marchar,—le dijo éste.

Carmela volvió á mirar en derredor del aposento frunciendo el entrecejo; movimiento completamente nuevo en ella. El oficial observaba atentamente.

—Me marchó: me voy muy lejos de aquí: marchó en el vapor.

—¿En el barco de vapor?

—Sí... Mañana por la noche.

—Mañana por la noche,—repitió Carmela maquinalmente.

Y como viera la guitarra que estaba puesta encima de una silla, tocó sus cuerdas con el dedo y las hizo sonar.

—¿No te importa que me vaya? ¿No te sabe mal no volverme á ver?

Carmela le miró fijamente en los ojos, y luego bajó la cabeza y la mirada como si realmente estuviera pensando.

El oficial no dijo más y empezó á hablar al soldado en voz baja, ayudándole á doblar los trajes.

Carmela seguía mirándole sin hacer el más insignificante ademán. Al cabo de un rato el oficial se le acercó, y le dijo:

—Ahora, véte, Carmela: ya has permanecido aquí bastante tiempo: vuélvete á tu casa: pronto.

Y cogiéndola por el brazo la empujó suavemente hacia la puerta. Carmela se volvió y abrió los brazos para ceñírselos á su cuello...

— ¡No quiero! — dijo aquél.

Carmela golpeó dos ó tres veces el suelo con el pie, gimoteó, extendió de nuevo los brazos, ciñóselos en derredor del cuello; rozó suavemente sus labios sobre su mejilla sin llegar á besarle, como si la ocupara otra idea, y después se fué poquito á poco, lentamente, sin reirse, sin volver la cabeza, con una mirada que nada decía, como el que, distraído, piensa á la vez en cien cosas distintas, sin fijarse en una sola.

— ¿Qué significa esto? — pensó el oficial.— ¿Será un buen indicio?... ¡Quiéralo Dios! Esperemos.

El día siguiente no salió de casa, ni aun quiso ver á Carmela, aun cuando sabía que permanecía sentada junto á su puerta como de costumbre. Después de comer empleó el tiempo en los preparativos para la prueba que debía realizarse aquella noche. Su pequeña habitación se componía de dos piezas y una cocina. Entre el dormitorio y la puerta de entrada una sala, que era la pieza más espaciosa, cuyas ventanas, como todas las demás, caían sobre la plaza. En ella dispuso lo necesario para la cena, valiéndose de una gran mesa que le facilitó su vecino el hostelero, que se brindó á guisar los platos de que debía componerse; á servirlos después, como había hecho tres años antes cuando hizo lo propio aquel otro oficial, y á disponer la mesa lo mejor que se pudiera. A eso de las nueve llegó el primero de todos el médico.

—Está ahí,—dijo al entrar,—y se me ha quejado de no haberte visto en todo el día. Le he preguntado si se sentía bien, y después de haberme mirado fijamente durante largo espacio, me ha dicho:—Barco de vapor,—y no se ha reído. Pero ¿quién es capaz de adivinar lo que pasa en aquella cabeza? Sólo Dios. ¡Ea! veamos en qué consiste este espléndido banquete.

Y después de haber echado ambos amigos un vistazo á la mesa, concertaron de consuno la manera de conducir á buen término la representación de aquella comedia, ó mejor, de aquel drama, porque era un drama y muy serio y muy formal de lo que se trataba. En cuanto estuvieron de acuerdo, preguntó el médico:

—¿Han estudiado bien sus papeles?

Á lo cual contestó el teniente que así lo creía.

Poco antes de las diez oyóse en la calle y junto á la puerta gran rumor de pisadas y un confuso son de voces y palabras.

—¡Aquí están!—dijo el doctor asomándose á una de las ventanas. —Sí, ellos son.

El soldado bajó á abrir la puerta de la calle. El médico, entretanto, encendió las bujías puestas en los cuatro candeleros que se veían en los ángulos de la mesa.

—¡Cómo me palpita el corazón!—dijo el oficial.

—¡Ánimo, amigo, ánimo!—contestóle el médico estrechándole un brazo.

En aquel momento oyóse la voz de Carmela que decía:

—¡Yo voy también en el barco de vapor!—palabras que acompañó palmoteando.

—¡Ánimo!—exclamó apresuradamente el médico en voz baja á su amigo. —¿Has oído? Esa idea comienza á fijarse en su mente, y ésta es una buena señal. ¡Ánimo! Aquí están los convidados.

Abrióse la puerta, y sonriendo é inclinándose fueron entrando uno en pos de otro el alcalde, el juez municipal y todos los demás que se habían reunido en el café. En tanto que el oficial saludaba y daba las gracias á los comensales, el médico dió una orden al asistente que permanecía inmóvil en un extremo, y desapareció. Pasado un minuto, y sin que nadie se apercibiera de ello, volvió á aparecer acompañado de Carmela á la cual acompañó al dormitorio de su jefe,

andando de puntillas y deslizándose á lo largo de la pared para no llamar la atención.

—Sentémonos,—dijo el oficial.

Todos tomaron asiento. El ruido de las sillas y aquel ¡ah! de satisfacción en que, aun involuntariamente, suelen prorrumpir los comensales al acercarse á la mesa, impidieron que se oyera cierto ruido hecho por el asistente para entretener á Carmela que exclamando:—¡No le he visto en todo el día!—había abierto la puerta y tratado de acercarse al oficial. Contúvola, pues, el asistente, que colocó una silla junto á la puerta y la obligó á sentarse en ella: después entreabrió las dos hojas de manera que quedara un hueco como de un palmo, y Carmela se aprovechó de él para mirar lo que en la otra sala pasaba. Ninguno de los comensales volvió la cabeza hacia aquel lado: ni entonces ni después miró nadie en aquella dirección, y Carmela no volvió á moverse.

Comenzó y fué creciendo poco á poco aquel confuso rumor de tenedores, cuchillos, platos y copas, con el cual alternaban las risotadas y las conversaciones de los que procuraban solazarse. Todos, excepción hecha del médico y del oficial, comían con el mejor apetito del mundo y trincaban á más y mejor. Y comenzaron á deshacerse en alabanzas respecto de la disciplina militar, de las virtudes y del valor de los soldados, de los cabos y de los sargentos de la guarnición; y luego hicieron grandes elogios de los manjares y de los vinos; y hablaron del tiempo, que era magnífico; y de la noche, que estaba encantadora; y del viaje, que por fuerza había de ser delicioso; y luego recayó la conversación en la política, y vuelta á los soldados, y otra vez al tiempo y al viaje, y poco á poco, gritando más cada vez y riendo siempre con mayor expansión, vaciando y llenando los vasos y las copas con mayor frecuencia, fueron animándose por grados; y todos los rostros estaban encendidos, y brillaban todos los ojos, y comenzaron á entorpecerse los labios y á salir de ellos más pre-

miosas las palabras, algunas veces sin que guardaran relación las unas con las otras.

Sin apenas darse cuenta de ello, cada cual había tomado por lo serio su papel y lo desempeñaba á maravilla.

Pero cuanto más olvidaban los unos el motivo por que habían ido y se entregaban á la alegría, tanto mayor era la angustia del oficial, en cuyo rostro se leía la tremenda lucha que agitaba su corazón. Con todo, ninguno se percató de ello, excepción hecha del médico que, sin perder de vista á Carmela, le repetía de cuando en cuando en voz baja que no desmayara. En cuanto á la muchacha, con el rostro asomando por entre las hojas de la puerta, no perdía de vista al oficial. El asistente, aprovechando un momento oportuno, desapareció.

De pronto, y cuando iba ya muy adelantada la comida, penetraron en la sala tres soldados que, después de haber cargado con los baúles previamente dispuestos, desaparecieron. Carmela siguió con los ojos sus movimientos más insignificantes mientras permanecieron en la sala, y después volvió á mirar á la mesa.

El médico pronunció una palabra al oído del alcalde.

— ¡Un brindis! — exclamó éste de repente, poniéndose en pie, con la copa en la mano.— Un brindis á la salud de este bravo señor subteniente que manda el valeroso destacamento de esta población, que se marcha hoy y que quedará siempre y perpetuamente en esta nuestra población una grata memoria imperecedera inmortal del valeroso destacamento que manda este bravo...

Reflexionó un momento y después con gran decisión, dijo:

— ¡Viva el señor subteniente que marcha hoy!

Y todos los demás, chocando estrepitosamente las copas y derramando el vino sobre la mesa, dijeron:

— ¡Viva!

El alcalde se dejó caer pesadamente en la silla.

Otros brindis del propio tenor fueron pronunciados por varios de los comensales, y después se volvió á hablar de los soldados, de política, del vino y del viaje.

— Una cancioncilla, señor recaudador, — exclamó el médico.

Hiciéronle eco todos los presentes. El recaudador hizo un gesto, se excusó, se hizo rogar un poco, tosió, tomó la guitarra, y comenzó á cantar. Los comensales le interrumpieron con algunas voces, y entonces el oficial dijo:

— ¡Cantaré yo!

Y todos callaron.

Tomó la guitarra, acordóla, se puso en pie fingiendo bambolearse, y empezó... Estaba lívido y sus manos temblaban cual si fuera preso de la fiebre: aun así, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, cantó su canción de un modo realmente encantador.

Carmela ai tuoi ginocchi
Placidamente assiso,
Guardandoti negli occhi
Baciandoti nel viso,
Trascorrerò i miei dì...

Carmela escuchaba cada vez con más atención, frunciendo el entrecejo como si se hallara dominada por un pensamiento profundo.

— ¡Bravo! ¡Bien! — decían aplaudiendo los comensales.

— ¡Canta como un ruiseñor!

Y el oficial entonó la segunda estrofa:

L'ultimo dì, sul seno
Il volto scolorito
Ti celerò, sereno
Come un fanciul sopito,
E morirò così.

Las mismas palabras: la misma música, todo como aquella noche.

— ¡Bravo! ¡Magnífico! — repitieron los comensales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El oficial cayó como desvanecido sobre su silla. Todos prorrumpieron en gritos y en aplausos. Carmela permanecía inmóvil como una estatua, con los ojos desmesuradamente abiertos clavados en el rostro del oficial: el médico la miraba de soslayo sin perder el detalle más insignificante.

— ¡Silencio! — gritó el teniente.

Callaron todos y al través de las abiertas ventanas llegó á sus oídos una alegre música de flautas y violines que sonaba en la plaza, envuelta en un confuso rumor de voces. Eran diez ó doce músicos de la población que, acompañados por la mayor parte de los vecinos, daban la despedida al teniente, presumiendo que realmente iba á partir.

Carmela hizo un pequeño movimiento y volvió la cabeza hacia la ventana. Su rostro comenzó á animarse ligeramente: sus ojos se dirigían tan pronto á la ventana como al oficial, y á los comensales, para fijarlos luego en el oficial y en la ventana después, cual si quisiera escuchar atentamente la música, sin perder por esto el más insignificante de los movimientos que hicieran aquellas gentes.

En cuanto cesó la música, el público reunido en la plaza prorrumpió en grandes palmoteos, como lo había hecho tres años antes.

En aquel instante apareció el asistente que, dirigiéndose al oficial, le dijo en alta voz:

— Mi teniente, el buque está pronto.

El oficial se levantó y dijo á su vez:

— Llegó el momento.

Carmela se fué levantando poquito á poco sin apartar los ojos del anfitrión. Al propio tiempo apareció la madre de Carmela, que penetró en el dormitorio en que se hallaba su hija á la cual abrazó cariñosamente, diciéndole:

— ¡Valor, hija mía! ¡Volverá dentro dos meses!

Carmela clavó los ojos en el rostro de su madre, desprendióse suavemente de su amoroso abrazo, y sin pronunciar



La vida militar.

Del pecho de Carmela escapó un grito agudo, desesperado, desgarrador